



LA ESPIRAL DEL HURACÁN

Ángeles Garrido Luna

LA ESPIRAL DEL HURACÁN



Primera edición: octubre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

©Ángeles Garrido Luna

ISBN: 978-84-18366-96-3

ISBN digital: 978-84-18366-97-0

Depósito legal: M-25027-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A todo hombre —con mayúsculas— capaz de amar de verdad a una mujer, siéndole fiel, respetando su personalidad, protegiéndola siempre que lo precise y mostrando su verdadera fortaleza —a pesar de las situaciones límite que se le presenten— compaginando la pasión con la ternura.

«El hombre es él y su circunstancia».
ORTEGA Y GASSET

INTRODUCCIÓN

A partir de los ochenta, ya aprobada la democracia en España, se produjeron grandes cambios en las leyes y la sociedad, pasando de una mentalidad oficialmente santurrona y mojigata a la denominada «época del destape».

Aunque el amor entre un hombre y una mujer seguía siendo el mismo, ya no importaba tanto si la unión se celebraba ante un altar, en un juzgado, en un pajar o tras la tapia.

Y esta es una historia de amor envuelta en una peligrosa trama.

Sus personajes, enteramente ficticios, han sido creados y estudiados psicológicamente uno a uno con tal de hacerlos hablar por sí mismos.

En cuanto al tema de fondo, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Que el lector saque sus propias conclusiones.

PRÓLOGO

Antes de introducirme en el prólogo de esta novela de Ángeles Garrido, estimo oportuno hacer un poco de historia en referencia a nuestras vidas y considero una gran casualidad que después de más de cincuenta años, de nuevo nos hayamos encontrado.

¿Dije casualidad? También podría ser una de esas maniobras del destino que, añadiendo un pequeño toque de magia, consiguiera un resultado tan satisfactorio para las dos.

Llegamos a Girona desde distintos puntos de nuestra geografía y coincidimos en el mismo colegio: Inmaculado Corazón de María. Estudiamos bajo las enseñanzas de las mismas monjas, Madres, solíamos llamarlas. Ellas pusieron todo su empeño en hacer de nosotras unas verdaderas mujeres con los valores necesarios para enfrentarnos cada una a nuestro destino en la vida.

El suyo estaba allí. El mío a muchos kilómetros de distancia. Y a través de un amigo común, con ayuda del ciberespacio, de nuevo podemos hablar y recordar aquellos maravillosos años que compartimos.

La presente novela no es la primera incursión de Ángeles Garrido en el mundo de la creación literaria. Ya nos deleitó con su primera obra *¿Qué fue de Rafael?*, en la que nos desvelaba hechos que pudieron haberle ocurrido a cualquiera de los familiares de los lectores de tan interesante relato sobre nuestra desgraciada guerra civil. Historia que nadie debe olvidar y que es necesario guardar en lo más profundo de nuestros corazones, idealizando todo nuestro cariño y respeto por los que perdieron en ella la vida.

También de su interior resurgió —de entre un repleto archivo de cuentos inéditos— un hermoso manojó con el título de *Cuentos encadenados*, *ABC Poemario Cacofonotrágicómico*, —de entre miles de poemas alentados—, las *Antologías conjuntas: Premios Peliart de Poesía*, amén de algunos cuentos sueltos finalistas en concursos literarios y de infinidad de poemas sueltos que fueron publicados en distintas revistas literarias del mundo hispánico. En cada uno de ellos, con profunda dedicación, está presente su sello.

La espiral del huracán nos muestra una peligrosa organización mafiosa brasileña involucrada en el entramado de la presente obra, en la que su protagonista, Clara, una chica de provincias, tras su llegada a Madrid cargada de ilusiones y su reciente título de Empresariales, comparte piso con tres compañeras de Universidad con sus mismas expectativas de encontrar trabajo en la capital.

La actitud de la joven frente al sexo opuesto, llena de desconfianzas y rechazos incluso hacia la persona de la que se siente fuertemente atraída, nos hace reflexionar que algo oculta. Algún hecho fortuito ocurrido durante su adolescencia, repercutiendo en el presente con una lucha interior que, tras desglosar la presente novela, el lector podrá ir descubriendo a través de su interesante trama.

El amor de Carlos hacia ella se irá mostrando sincero y honesto a través de las adversidades. Del cariño de sus padres, irá destacando por su carácter fuerte y extraordinario, su progenitor, un aragonés de los pies a la cabeza, que hará gala de sus raíces proclamándose un verdadero abanderado de la nobleza baturra campesina con su lenguaje pícaro, directo y sin tapujos.

El lector poco a poco se irá introduciendo en sus conversaciones, quizás asombrado de sus diálogos atrevidos, subidos de tono, llenos de una sinceridad abrumadora donde cada una de las palabras, encubren una enorme aglomeración de sucesos que envuelven a todos los protagonistas de *La espiral del huracán*, y con especial magnitud a los ejes centrales: Clara, la joven aragonesa y Carlos, cuyos ancestros proceden de Alemania.

Una trama que, una vez empezada su lectura, será muy difícil abandonar. A todos los que tengan la suerte de proclamarse sus lectores, les aconsejo que no incurran en el lamentable deseo de adelantarse al último capítulo para saciar su curiosidad. Lo bueno hay que tomarlo a pequeños sorbitos, en dosis diminutas, paladearlo y saborearlo a gusto. Estoy segura de que me darán la razón si siguen esta recomendación al pie de la letra.

La espiral del huracán es buena. He disfrutado de su lectura plenamente. Y si encuentran un lugar donde reine la tranquilidad y el silencio, al igual que Jorge Santayana recomendaba a sus alumnos de Harvard la compañía de un buen libro, yo les especifico este: *La espiral del huracán*. Se volcarán en su contenido con profundidad, y sinceramente afirmo que el presente trabajo de Ángeles Garrido reúne todas las cualidades necesarias para calificarlo de excelente.

AÍDA ALGUACIL MARTÍNEZ

1

Ignoraba que aquel día sería el de su primer encuentro. Con veintiún años ansiosos de comerse el mundo, había llegado a Madrid desde Huesca, en busca de nuevas oportunidades.

Estaba allí, sentada, leyendo un libro en extraña postura. En una esquina de un banco de piedra, con las piernas cruzadas, una rodilla encima de la otra, casi de lado, como mirando al resto del banco, pero leyendo una novela posada en sus piernas, pasando las hojas con la mano derecha; la mano izquierda, a falta de respaldo, apoyada en su cuello, sujetándose parte de la melena, y la bolsa, con sus femeninas cosas, en el suelo.

Los árboles mostraban los primeros brotes de primavera, brillantes todavía del rocío mañanero, de aquel soleado sábado de marzo. De vez en cuando, el viento movía su vaporosa falda de gasa, mostrando el lacio forro de raso adherido a sus bellos muslos como una segunda y brillante piel.

Esa mañana había multitud de paseantes, tomando el sol los mayores y jugando los niños a la peste, al escondite o a pelota, vigilados de cerca por sus padres los más pequeños.

Pero ella, ajena a todo, seguía leyendo, mimetizada con su entorno: las baldosas del paseo color gris, el banco de piedra gris, la falda de gasa gris oscuro con pequeños lunares gris pálido, el forro de raso gris claro, el jersey de cuello alto gris pálido, los zapatos grises, tipo *kiowa*, sin apenas tacón, a juego con su bolsa. Tan solo destacaba la melena limpia y brillante, de un rubio trigueño natural, mecida por el viento la parte que no conseguía asir con la mano.

De vez en cuando, una molesta ráfaga en remolino empujaba un mechón rozándole un ojo, y con tal de no dejar de leer ese capítulo que la tenía tan absorta, sacudía violentamente la cabeza hacia atrás.

Tras varias veces, cansada, puso un punto al libro y, tras cerrarlo, cogió la bolsa, sacó su neceser y de él un peine, un espejo y un prendedor para el cabello. Se peinó y se sujetó la melena, quedando al descubierto unos bellos pendientes antiguos de plata con marquitas.

Lo guardó todo y siguió leyendo. Con tanto movimiento, se sintió incómoda, como si el raso del forro de su falda le hiciera resbalar, y sin soltar el libro se levantó para pillarla mejor, con tan mala fortuna que en el preciso instante en que se sentaba de nuevo —más de frente al paseo—, otra inesperada y pícara ráfaga le arremangó falda y forro hasta taparle la cara y los brazos, mostrando sus muslos desnudos a todos los paseantes.

Se recogió el forro entre las piernas, cruzándolas de nuevo, y de pronto, al mirar hacia el paseo, lo vio.

Escondido el rostro tras una cámara profesional, no dejaba de hacerle fotos, en ráfaga de disparos, cambiando de posición continuamente.

Enojada, tras introducir el libro en la bolsa, gritó:

—¡Ya está bien! ¿Me ha confundido usted con una modelo o qué?

Se acercó disculpándose y se sentó junto a ella.

—Lo siento, señorita, no he podido evitar la tentación de hacerlo. El sol colándose entre los brotes tiernos, el viento jugando con su falda, sus posturas, su ropa integrada en el conjunto, en armonía, casi camuflada entre las sombras de las ramas... han sido mi inspiración. Mire, mire... ¿a que han quedado fantásticas estas fotos?

Con habilidad saltó las más comprometedoras.

—No están mal, no.

Y él, sonriendo:

—Si me dice usted su *e-mail*, se las enviaré.

No dijo todas porque pensó que algunas se las quedaría como recuerdo.

—Aquí no tengo ordenador.

—¿No reside usted en Madrid?

—Desde hace pocos días. Comparto piso con tres amigas. Estamos buscando trabajo.

—Bien. Pues entonces me da usted la dirección y una vez las haya grabado en el *pen drive* y me las haya revelado el fotógrafo se las envío.

Se quedó mirándolo sin contestar. Era un joven alto, atractivo, algo más rubio que ella, con hermosos ojos azules y bellas facciones arias. Mientras ella le observaba atenta y con descaro, él sonrió picaronamente, esperando su respuesta con paciencia.

Lo escudriñó de arriba a abajo. Vestía como al desgaire, pero limpio y con buena ropa. La camisa azul claro, desabrochada hasta el pico del grueso pulóver blanco, mostraba el inicio de un tórax fuerte, con poco, fino y rizado vello rubio. Un pantalón tejano azul con apariencia de nuevo y respuntes anaranjados. Por un lado, el jersey arremangado por tanto ejercicio de fotógrafo, mostraba un cinturón de cuero claro a juego con los zapatos. No se distinguían los calcetines, por lo que los supuso azules como el pantalón. Todo de calidad. Su acento no denotaba procedencia.

Él le siguió el juego. Se levantó, despacio dio un giro completo para que lo observara mejor y no dejó de sonreír esperando la respuesta que no llegaba hasta que un poco apurado dijo:

—¡Por favor, no me taladre usted con la mirada, señorita, que me va a dejar más agujereado que un queso gruyer!

Y entonces fue ella quien sonrió, levantándose y dando por terminado el repaso.

—Bueno, residimos a pocos pasos de la Puerta del Sol —dijo distraída, sin darse cuenta que parecía una invitación, que él supo aprovechar:

—¿Puedo acompañarla mientras damos un paseo?

—No suelo dejarme acompañar por extraños.

—¡Perdone, no nos hemos presentado! Me llamo Carlos.

—Vaya, como el rey.

—Sin el don ni el Juan... no soy tan importante ni tampoco un donjuán —sonrió.

Mientras le ofrecía cortésmente la mano, ella le dijo su nombre, apoyando la suya:

—Yo me llamo Clara.

Y sintió su mano fuerte con el vigoroso apretón. «Un punto más a su favor», pensó.

—¡Bonito nombre! Supongo que puedo tutearte.

—Ssss... ahora que ya nos hemos presentado... —dijo arrastrando la ese, sin llegar a pronunciar la i, como en su tierra.

—Por lo que he visto, te gusta mucho leer.

—Ssss, bastante.

—Lo que encuentro un poco raro es que pasees sola si sois cuatro amigas.

—Tenían que comprarse ropa y yo, como no necesito nada, pensaba visitar el Museo del Prado, pero cuando he visto tanta gente esperando turno, he preferido sentarme a leer en el paseo. ¡Maldita sea... otra ráfaga de viento! —exclamó sujetándose la falda.

—¿No has visto el museo todavía? —preguntó tratando de disimular su sonrisa, al ver su coqueta lucha contra el viento.

—Sí, varias veces. Me gusta contemplar todos los detalles.

—¿Eres pintora o has estudiado Historia del Arte?

—No, pero me gusta.

—¿Y qué es lo que más te gusta?

—Me gusta todo. Lo que me da mucha pena es el cuadro de *Las Meninas*, tan oscuro... Desde que lo restauraron lo han echado a perder... ¡Maldito viento, no me deja en paz!...

Y echándose la bolsa al hombro se sujetaba alternativamente de nuevo la falda por ambos lados, meneando sin cesar caderas y brazos. Y él se tapó con la mano la boca para que no se percatara de su risa.

—¿Por dónde giramos? —preguntó al llegar al cruce.

—Por la carrera de San Jerónimo hasta cerca de la Puerta del Sol.

—¿Mañana saldrás de paseo con tus amigas?

—A misa de una casi seguro. Después, no sé.

—¿Todas sois creyentes y practicantes?

—Sí, las cuatro. Somos un tanto atípicas.

Él sonrió:

—Entonces no fumaréis porros ni iréis de botellón, supongo.

—¡Eso sí que no! Ni lo uno ni lo otro.

—Igual ni te gusta beber cerveza.

—Dos dedos acostados cuando hace mucho calor, sí. Pero no más.

—¿Y Coca-Cola?

—Menos.

—¿Entonces, qué bebes cuando sales por ahí?

—Depende. Si tengo mucha sed, agua, limonada, granizados... si no tengo tanta, pero hace calor, helados o zumos. Si tengo frío, chocolate caliente.

—Por el tono, deduzco que ninguna bebida te vuelve loca.

—¡Sí que la hay!

—¿De verdad?... ¿Cuál?...

—El café. Sin café no podría vivir.

—Me refería a bebidas alcohólicas —sonrió.

—Pocas veces en un año bebo algo con alcohol. En casa, un poco de vino tinto de cosecha propia cuando la comida es fuerte, si no, agua. Aunque diga mi padre que cualquier día me van a salir renacuajos hasta por las orejas. En Navidad y fiestas de cumpleaños, una copa de champán. Y a veces, muy pocas, pacharán casero, que lo prepara mi madre. Si fuera por mí, todos los bares se arruinarían.

—Y las cafeterías estarían por todas las esquinas.

—Eso sí. ¿A ti te gusta beber?

—Cerveza sí. Vino, un poco con las comidas extras. En las rápidas de cada día, cerveza floja, con poco alcohol. Cuando salgo

con amigos suelo beber la cerveza más fuerte. Champán cuando hay que celebrar algo, por seguir la costumbre del brindis. No soporto la Coca-Cola y los licores raramente los pruebo. Y también soy terriblemente cafetero. Tampoco yo podría vivir sin café.

—¡Mira por dónde, ya tenemos algo en común!

—Por algo se empieza. Si buscamos, seguro que encontraremos más cosas.

—Podría ser.

—¿Te gusta bailar?

—Sí y no. Depende. ¿Y a ti, te gusta?

—Se me da mejor el deporte y me encanta correr. Todas las mañanas hago varios kilómetros. Aunque si se presentara la ocasión, me defendería. Pero tú me has dado una contestación un tanto ambigua.

—La verdad es que no suelo ir mucho a bailar. En una fiesta con amigos y amigas de confianza, bailando suelta me lo paso pipa. Agarrados, ya no tanto. Y por supuesto, nada de *lambada* ni tango. Aunque los dos los sé bailar. No te vayas a pensar que es que no sé. Y aunque esté pasado de moda, sé bailar hasta el charlestón porque me lo enseñó mi abuela cuando era yo una cría.

—Y el tango y la *lambada* ¿quién te los enseñó?

—Una amiga de la universidad.

—No me imagino a dos chicas bailando esos bailes —dijo sonriendo.

—Pues me enseñó muy bien, pero no los pienso practicar.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó con picardía, imaginándose la respuesta.

—Son bailes demasiado atrevidos.

—Los sueltos pueden resultar tanto o más provocativos.

—Pero los chicos están más apartados y si alguno intenta algo, da tiempo a hacerle la zancadilla.

—Ja, ja, ja... ¿Lo has hecho de verdad alguna vez?

—Sí.

—Ja, ja, ja... ¡ha de ser todo un espectáculo!

—Si se te está pasando por la cabeza invitarme a bailar para

probarlo, mejor que no lo hagas. No me gustaría darte calabazas.

—¿Por qué ibas a darme calabazas? ¿Y por qué no te gustaría dárme las?

—No me gustaría darte calabazas porque me has caído bien. Y no aceptaría bailar contigo porque no nos conocemos. Solo sé que te llamas Carlos y que te gusta el café.

—Pues de la manera que me has taladrado con el repaso es para que hubieras sacado conclusiones.

Tras mirarle por el rabillo del ojo, dijo con una sonrisa pícaro y coqueta:

—No te las pienso decir. Tú tienes mis fotos. No van a ser todo ventajas para ti.

Él sonrió halagado. Llegaron a casa. Y como no fue invitado, no entró en el portal. Y ella esperó fuera también. Su educación era correcta. Muy diferente a la de los *estripatorruecos* (destripaterrones) y *pijantos* (pijos) que había conocido hasta entonces. Pero, aunque le había causado muy buena impresión, recordaba los consejos de su madre:

—¡Ay, chica, ojito con los hombres! No te fíes de nadie. Que hay mucho sinvergüenza suelto.

—No te preocupes, mamá. Ya sabes que me defiendo bien.

—De ti ya me fío. Pero de las cuatro juntas, no tanto. Aunque Isabel, por ser la mayor, sea más sensata.

Carlos, haciéndose el distraído para alargar el hablar con ella, le preguntó cómo se llamaba esa calle para anotar la dirección y enviarle las fotos por correo.

—¡Pero, hombre... si desde aquí se ve el letrero de la esquina!

—Perdona —dijo, y sacando una pequeña agenda, tras anotar los datos añadió—: ¿Teléfono?

—¿Para qué?

—Para llamarte cuando estén.

—Bueno: 91...

—Gracias. Me ha encantado conocerte y espero verte otra vez —dijo tendiéndole la mano y apretándosela vigorosamente como despedida.

—Bueno, más que conocerme, lo que has conocido hoy son mis piernas. Te faltan por conocer muchas cosas —dijo sin darse cuenta del efecto que surtían sus palabras.

Mientras ella entraba en el portal, él se quedó riendo a carcajadas, mirándola mientras desaparecía con el ascensor y deseando conocer todo eso que todavía le faltaba.

Cuando llegó al piso, encontró a sus tres compañeras ante la tele, comiendo palomitas.

—¿Comiendo a estas horas...? ¡Habréis hecho la comida al menos!

—Sssss...

—¿Y qué habéis cocinado hoy?

—Pollo a lo chilindrón. Falta preparar una ensalada. Pero es temprano todavía para comer.

—Claro, para vosotras, que os estáis inflando. Pero yo ya tengo el gusanillo que danza.

—Pues prepara la ensalada y pon la mesa mientras termina la peli.

Les arrebató el bol de las palomitas y se fue a la cocina a preparar la ensalada. Como la película estaba terminando, no protestaron. Y después, en la sobremesa, les contó que había conocido a un chico muy majo llamado Carlos.

—Vaya —dijo Isabel— no pierdes el tiempo, ¿eh?... No se te puede dejar sola.

—Que haya conocido un chico no es nada malo.

—Aquí no es tan fácil conocerse como en los pueblos. Porque... ¿sabes siquiera dónde vive?

—No.

—¿Y él sabe dónde vives tú?

—Claro, me ha acompañado hasta aquí.

—¡Ya has metido la pata!

—¿No es más lógico así que al revés? ¿O habría sido mejor que yo lo acompañara a él?

—¡Pues nada más habría faltado eso!

—Entonces, ¿de qué protestas?
—¡Dejémoslo estar! ¿Desde dónde te ha acompañado?
—Desde el Paseo del Prado.
—¿Y tú, espantamoscones, qué hacías allí?
—Leer en un banco. Para entrar al museo había mucha cola y me he cansado de esperar.
—Y él se ha sentado en el mismo banco para charlar... como si lo viera.
—Algo parecido.
—¿Te ha dado su número de teléfono?
—No.
—¡Y tú tampoco le habrás dado el nuestro, claro!
—Sssss...
—Pues te has precipitado. Cuando suene el teléfono, lo cogeré yo —remató Isabel, la mayor de las cuatro y la más dominadora.
—No me llamará hasta que tenga reveladas las fotos.
—¡Te ha hecho fotos el primer día!... —exclamó sorprendida Cristina.
—¿Es guapo? —añadió Lourdes.
—¡Dios nos coja confesadas! Nada más llegar y ya comienzan los problemas —exclamó Isabel.
—Si calláis un momento, os lo explicaré con todo detalle. No hay para tanto.
—Yo solo te he preguntado si es guapo —protestó Lourdes.
Y ante tres pares de curiosos ojos ella contó su primer encuentro. Pero hasta el jueves por la noche no llamó, y cogió el teléfono Isabel.
—¡Diga!... —dijo seca y bruscamente al comprobar que la llamada procedía de un móvil desconocido.
—Soy Carlos. Dile a Clara que las fotos ya están y que hoy mismo las echo al correo.
—¿Y cómo sabes que yo no soy Clara?
—Por el tono de voz. Ella no es tan brusca como tú.
—¡Vaya con el gallito este! No te preocupes, que ya se lo digo.

Ahora bien, espero que en el sobre hagas constar tu nombre al completo, de lo contrario, no lo abriremos y se irá directo a la basura.

Tras una risita, él contestó suavemente:

—Muy bien. Tus deseos serán cumplidos, no te preocupes. Pero ya pensaba hacerlo. ¡Que tengáis felices sueños!

Y colgó.

Las fotos las encontró esa misma noche Isabel cuando bajó la basura en tan abultado sobre que sobresalía una esquina por la rendija del buzón, sin precisar llave para sacarlo. No llevaba sello. Y la solapa estaba doblada e introducida hacia dentro. Lo que denotaba que se había desplazado hasta allí personalmente. Pero figuraba su nombre.

—Toma. Ya estaba en el buzón. Se llama Carlos Braunfurt. Parece apellido alemán —exclamó Isabel, entregándole el sobre sin mirar su contenido.

Clara, en silencio, lo vació en la mesa y las tres se apelotonaron sobre ella para mirar.

—¡Vaya cantidad de fotos! Son bonitas, pero parecen fotos robadas. En ninguna sales de frente ni miras la cámara —dijo Cristina.

—A ver, a ver... —protestaron las otras para verlas mejor.

—Es que son fotos robadas. ¡Menuda la que le armé por eso!

—No te fíes del primero que se te acerca. ¡A ver si de espantamoscotes te vas a pasar a lo contrario! —sentenció Isabel.

—¿Es guapo? La mayoría de los alemanes lo son —repitió Lourdes.

—Porque los feos ni te los miras —contestó Cristina.

—Sí. Es guapo, alto, elegante, correcto y tiene los ojos azules. Podría ser alemán, aunque por la pronunciación no lo parece y Carlos es en español.

—¡Quién te ha visto y quién te ve!... ¡Desde el primer día ya sabes hasta el color de sus ojos! ¡No te fíes! Es una osadía y un mal comienzo hacer fotos a una chica que no conoces.

—Pero si es guapo... —dijo Lourdes de nuevo.

—¡Ni guapo ni diablos de orejones *coloraos*! ¿O es que crees que por ser guapo ya es buena persona? —exclamó Isabel.

—No. Ni mala tampoco. Seamos sensatas —terció Cristina.

Pasaron dos semanas. Ya era abril. Clara había guardado las fotos en un cajón. Cristina ya trabajaba en una pizzería, Isabel consiguió entrar en una gestoría administrativa, Lourdes, de ayudante de peluquera y la única que no había encontrado trabajo era ella. Así que mientras las tres trabajaban cuidaba de la casa, salía a comprar y las tardes las dedicaba a buscar empleo.

Y un viernes por la mañana, saliendo de casa para ir al mercado, se encontró con Carlos en la esquina, fumando tranquilamente, con un pie apoyado en la pared.

—¡Hola! —saludó tirando el resto del cigarrillo.

—¿Me estabas esperando?

—¿Se nota mucho?

—Bastante.

—Tus amigas ya tienen trabajo y tú no.

—¿Cómo lo sabes? ¿Nos has estado espiando?

—¡Claro! ¿Cómo lo iba a saber si no?

—Por lo menos eres sincero. Pero ¿cómo sabes quiénes son mis amigas?

—Porque cada domingo salís juntas para ir a la misa de una, a la parroquia de San Francisco de Borja, después de comprar la prensa.

—¡Serás...!

—¿Seré qué?

—¿Has estado oteando como un detective privado?

—Claro. Me gustas. Y me gusta tu compañía. ¿Te acompaño? Tal vez tenga yo un trabajo para ti.

—¡Malo...!

—¿Por qué?

—Ni me conoces ni sabes lo que busco.

—Pero yo sí sé que es un trabajo bonito para una chica como tú.

—¿De modelo...?

—No, de modelo no. ¿Es ese el trabajo que buscas?

—No, ni hablar.

—Pues no te preocupes, que no es de modelo. Sí que se requiere buena presencia, pero es más un trabajo de secretaria... o de administrativa, depende de tus aptitudes.

—¿En qué consiste exactamente?

—Llevarías mi agenda de visitas y las recibirías al llegar, acompañándolas hasta mi mesa.

—¿Y tú qué eres, exactamente?

—Algo así como director comercial de una empresa multinacional.

—Multinacional ¿de qué?

—Es una asesoría internacional para grandes y medianas empresas.

—Vaya... y ¿viajas mucho?

—Algunas veces.

—¿Y yo tendría que viajar contigo?

—Eso depende...

—¿Depende de qué... de mis servicios personales? —preguntó mirándole seria y desconfiada.

—No seas mal pensada. No. No es eso. Además, lo más probable es que no precise que me acompañes. Cuando viajo es por pocos días. Mira, prepara tu currículum y esta misma tarde, si te viene bien, te presento a mi jefe, que es uno de los accionistas y te hará alguna pequeña prueba tipo test...

—¿Y de *money*...?

—El trabajo está bien remunerado, aunque al principio menos porque tienes que aprender...

—Claro. Bueno, pues quedamos para esta tarde, mejor cuando Isabel y las demás no estén en casa.

—¿A las cinco te va bien?

—Sssss...

—Pues te estaré esperando. Te llevaré en mi coche, así que solamente tendremos que caminar un poco hasta el *parking*.

—Bueno, pues hasta luego. Ahora tengo que hacer la compra y luego la comida.